

# Crónica de un terremoto anunciado

*Pese al elevado nivel de riesgo de la zona, Nepal no posee un sistema de prevención y gestión de riesgos y catástrofes.*

ELISABET VILADOMIU

“Se estima que las pérdidas humanas, solo en el valle de Katmandú, en caso de un evento sísmico importante, serán catastróficas”. La afirmación es de Mahendra Bahadur Pandey, ministro de Asuntos Exteriores de Nepal, y fue pronunciada en la Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre la Reducción del Riesgo de Desastres, celebrada el pasado marzo en la ciudad japonesa de Sendai. Posteriormente, la semana del 15 de abril, 50 especialistas en seísmos se reunieron en la capital de Nepal para debatir sobre los mejores sistemas de prevención y respuesta ante catástrofes. Apenas una semana más tarde, el 25 de abril, un terremoto de magnitud 7,8 en la escala Richter asoló el país. James Jackson, jefe del departamento de Ciencias de la Tierra de la Universidad de Cambridge y uno de

los especialistas que había visitado el país, reconoció que el terremoto “era una pesadilla que esperábamos. Físicamente y geológicamente, lo que ha ocurrido es exactamente lo que nosotros preveíamos que iba a suceder”.

Las estimaciones actuales, todavía incompletas, apuntan que el terremoto se ha cobrado ya la vida de más de 9.000 personas y la destrucción del país ha sido casi total. De hecho, los expertos aseguran que Nepal ha retrocedido 50 años solo en términos de daños a las infraestructuras y, según la consultora AON, los costes económicos de una reconstrucción adecuada podrían superar los 5.000 millones de dólares, lo que equivale al 20% de su producto interior bruto.

Nos asalta la terrible pregunta: ¿si los expertos fueron capaces de anticipar la catástrofe con tanta precisión, por qué no se tomaron las medidas adecuadas para prevenir el desastre humanitario? ¿Qué se podría haber hecho para minimizar las consecuencias del terremoto? Y, sobre todo, ¿qué se debería hacer a partir de ahora para prevenir y mitigar los impactos de las catástrofes del futuro? Responder estas preguntas requiere, lógicamente, conocer la realidad del país y tener en cuenta los aprendizajes en materia de gestión de crisis y resiliencia.

Para empezar, Nepal es uno de los países más pobres del mundo: ocupa el puesto número 145 en el Índice de Desarrollo Humano de Naciones Unidas, su renta per cápita no llega a los 1.000 dólares anuales y sufre una tasa de desempleo del 40%. Su débil economía depende de la agricultura y del turismo, sectores fuertemente golpeados por la catástrofe. De hecho, las actividades económicas recogidas bajo el epígrafe “comercio, hoteles, restaurantes, transporte y comunicaciones” ascienden al 24,4% del PIB. Según la Organización Mundial del Turismo, el país recibió 800.000 turistas en 2014, mientras que el 80% de las reservas para este año han sido ya canceladas. Desde el punto de vista geológico, el país se encuentra en la zona de contacto de las placas de Eurasia e India, de modo que este terremoto

y sus múltiples réplicas no pueden ser consideradas un hecho excepcional, aunque para encontrar un temblor similar debemos remontarnos a 1934.

En materia de seguridad, cabe destacar que, pese al elevado nivel de riesgo de la zona, en Nepal no existe propiamente un sistema de prevención y gestión de riesgos y catástrofes. Después de la guerra civil que tuvo lugar entre 1996 y 2006, el Gobierno nepalí se ha caracterizado por su inestabilidad. No ha habido elecciones locales durante casi dos décadas y a pesar de que en 2008 se creó la Autoridad Nacional de Gestión de Desastres, este organismo todavía no ha comenzado a actuar, puesto que su reglamento lleva años encallado en el Parlamento. Además, el Código de Edificación aprobado el 1994 con el que cuenta el país ha sido escasamente implantado. En la práctica la situación roza el colapso: las autoridades no están siendo capaces de gestionar la ayuda que les llega del exterior, el Gobierno se encuentra desbordado y los expertos lo consideran incapaz de asumir y liderar el proceso de recuperación.

Las Naciones Unidas estiman que la población en situación de emergencia humanitaria alcanza los ocho millones de habitantes, pero la elevada dispersión de la población y la accidentabilidad del terreno agravan notablemente la precariedad de los 28 millones de nepalíes. El pasado 29 de abril la ONU realizó una solicitud extraordinaria de ayuda a la comunidad internacional para recaudar 435 millones de dólares en tres meses, de los que, durante ese periodo, sólo se recibieron un 22%. No obstante, las críticas a la gestión efectuada por las instituciones locales se han sucedido desde el principio. Los altos impuestos aduaneros a la ayuda exterior, las dificultades burocráticas y los problemas logísticos del saturado aeropuerto de Katmandú han complicado hasta tal punto la respuesta ante la crisis que el portavoz de la ONU ha querido dejar claro que “nosotros estamos aquí para ayudarles, pero son ellos los primeros que deben responder”.

### TRES REFLEXIONES PARA CONCLUIR

Primero, es fundamental saber gestionar adecuadamente el horizonte temporal de la recuperación, distinguiendo entre el corto, el medio y el largo plazo. Los esfuerzos inmediatos deben ir dirigidos, por supuesto, a cubrir las necesidades humanas más apremiantes, cómo socorrer a los heridos y abastecer de agua potable, comida y refugio a la población. Además, hay que tener en cuenta que la inminente llegada del monzón representa una amenaza añadida para los miles de personas que lo han perdido todo. Pero esto no debe hacernos olvidar que Nepal necesita imperiosamente una hoja de ruta clara y consistente sobre la gestión de desastres, porque este no va a ser, probablemente, el último terremoto que deberá afrontar el país.

Segundo, es verdad que el riesgo cero no existe, pero se puede minimizar. A menudo los daños se producen más por una mala gestión de la crisis que por la crisis en sí misma. Una emergencia se debe empezar a resolver mucho antes de que estalle. En este sentido, la preparación es fundamental. Hay que invertir en prevención, capacitación, coordinación y desarrollo de sistemas específicos para gestionar las crisis naturales que son propias del Nepal. Según diversos *think tanks* como el Overseas Development Institute, por cada dólar invertido en la fase de preparación de la crisis se pueden ahorrar varios en la fase de respuesta del desastre. La coordinación entre administraciones públicas, empresas y ciudadanos es fundamental, y cuando alguno de estos tres pilares básicos se hunde, la eficacia de la respuesta disminuye drásticamente. Es lo que ha ocurrido en Nepal. Con unas élites dirigentes débiles y un sistema institucional ineficiente y obsoleto, la capacidad de respuesta ha sido absolutamente insuficiente. En este sentido, hay que subrayar que la calidad institucional del país es un factor decisivo para lograr una buena gestión de la crisis.

Tercero y último, es imposible desligar la gestión de emergencias, la pobreza y el subdesarrollo. Por desgracia, el reto en estos países no es solo luchar contra la falta de ayuda humanitaria,

sino también contra las graves carencias estructurales de recursos humanos, capacidades técnicas e infraestructuras básicas. Asegurar la recuperación y reconstruir Nepal significa también minimizar los factores subyacentes del riesgo y ser capaces de sacar el país de la miseria. Sin un desarrollo real, sostenible y a largo plazo, las catástrofes serán una plaga eterna en ese país.



ELISABET VILADOMIU ES DIRECTORA DE RIESGOS, CRISIS Y RESILIENCIA EN EL INSTITUT CERDÀ.